

Una casa compartida. El nacimiento de una amistad entre mujeres

**Valeria Soto Gómez, Dafne Adame Canales,
C. Francisca Vidal Echeverría, Rosa Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech Masià, Patricia Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallol**

Máster en La política de las mujeres de Duoda – UB

El XXXIII Seminario de Duoda ya era un signo en su nombre; treinta y tres, 33. La trigésima edición, dos trespas, como móviles olas del mar, montañas de bosques frondosos y colinas de tierras fértiles. Genealogía femenina, la abuela, la madre y la hija en nosotras y en ellas. Todas madres e hijas, como aquello que Edipo no es capaz de ver en el segundo enigma de la esfinge,¹ toda mujer nace madre e hija, el dos está en ella y con ello la creación y la relación como posibilidad y necesidad. En la genealogía materna se vive el movimiento continuo, espiral infinita de cambio, círculo de creación.

Toda relación de genealogía materna acontece en espacios que escogemos y preparamos para ella. La casa, sede cotidiana primera de la política de las mujeres, está siempre dispuesta al encuentro. Esta casa no son solo paredes y muebles, sino que es también la vida propia que va con cada una de nosotras a cada sitio, que se da y abre a la otra como se abre una casa para recibir una visita, con la mesa puesta, con plantas, sitio donde sentarse a oír para transformarnos y salir al encuentro de la vida. Vida donde está la otra, con su casa móvil que se abre para recibir una visita, su mesa puesta, sus plantas, sitio para sentarnos a oír para transformar y salir al encuentro de la vida. Sabiendo y sintiendo esto, nos encaminamos desde lugares lejanos, acortando distancias, dándonos al encuentro, nuestro encuentro.

Compartimos nuestros sentires con ustedes.

Valeria Soto Gómez

En la quietud del viaje se contempla la vida

“Nuestra experiencia femenina viene acompañada de un saber hacer distinto, de una escucha activa, de un vibrato enérgico y dulce”

Magda Jou i Mallol

A 11.152 km.

El XXXIII Seminario público de Duoda me encontré viviendo en Barcelona, ciudad de su realización. Nací 11.152 km. al sur, en una ciudad cercada por la cordillera de los Andes y la cordillera de la costa, Santiago de Chile. Nací en una familia cercada por la desconfianza, la apatía político-social y el temor a decir, todo esto herencia de una dictadura que comenzaba su retirada lenta. Nací, precisamente, el año de aquel plebiscito que sacó al dictador del poder; 1988, la fecha de 33 seminarios y 33 años yo. Nací, además, cercada por una historia familiar confusa, desorientadora, de deudas afectivas y secretos infranqueables. La desconfianza se instalaba en mí como un sentir permanente: “mejor no recibir nada de nadie para no deberles”, “mejor no dar mucho de mí para no exponerme”, casi mantras. Llegar a Barcelona, a 11.152 km de distancia de la vida que tenía, se sintió como un reiniciar la vida poniéndome en el centro de ella para vivirla toda, había un mundo entero por nombrar y en ese mundo yo.

Me instalé en este nuevo lugar que transformé en mi refugio. Aunque en apariencia esta ciudad a veces es locura, en mi interior, recorriendo sus calles, he encontrado armonía y también la posibilidad de construir una vida que, si bien no puede ser del todo nueva, sí puede ser una donde construir nuevos tejidos relacionales, donde las palabras de otras y otros resuenen en mí y traigan sus verdades, esas que se aguardan como semillas al interior de la experiencia vital de cada criatura habitando y creando el mundo a la vez. Con esta

Valeria Soto Gómez, Dafne Adame Canales, C. Francisca Vidal Echeverría, Rosa Pérez Valdivielso, Oreto Doménech Masià, Patricia Meza Rodríguez y Magda Jou i Mallol
Una casa compartida. El nacimiento de una amistad entre mujeres

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallol
**Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres**

disposición, a 11.152 km de distancia física y emocional, me encontré con este seminario.

Las mujeres/ El encuentro

Desde 11.152 km, 467 km, 9.425 km, 31 km, 500 km, 9.526 km. Desde tantos lugares tan diferentes, lugares donde el sol aparece y se oculta por distintos horizontes, donde el viento resopla o se aquieta a distinta temperatura, distintos paisajes, tierras todas cuyo límite es siempre la mar, límite y unión con tierras lejanas. Desde tantos kilómetros llegaron mujeres con historias, costumbres, palabras, formas de expresar, de vestir, de decir, haciendo de mi casa en Barcelona nuestro km o alrededor de una isla en la cocina. En esta isla los kilómetros recorridos por cada una para llegar hasta aquí desaparecieron, pero –en el encuentro de los cuerpos y las palabras– reducir a o la distancia recorrida significó poner sobre la mesa las vidas recorridas, evidenciando así que cuando dos o más mujeres se encuentran, si nos damos a la relación, surge algo sagrado. El km o, la eliminación de toda distancia transitada, es la posibilidad de infinito en tanto encuentro para la relación. Cuando dos o más mujeres nos encontramos, no solo nos reunimos, sino que vemos a la otra, somos tocadas por la otra, nos conmovemos y reímos con ella, al centro hay creación y con ello se transforma el infinito de cada una y también el infinito relacional, generador del mundo.

La casa que acoge es siempre dos

“Yo no invito a cualquiera a mi casa” dijo Magda, e inmediatamente añadí “ni yo tampoco”, porque no fue solo mi casa física la que abrió sus puertas a las visitas, fue –usando las palabras de María Zambrano– mi casa o centro móvil y la de cada una la que abrió puertas y ventanas para que la vida circulara por sus rincones. Y, cuando nos visitamos así, acogiendo y visitando casas de puertas y ventanas abiertas, en compañía de otras mujeres, si ponemos suficiente atención o nos damos

al misterio del desvelamiento del mundo, por aquellos rincones podemos encontrarnos con algo que habíamos desatendido y que tocaba limpiar de polvo y tal vez dejarlo ahí mismo o acomodarlo en otro sitio, sacar fuera de casa o lo que haga falta.

Dafne Adame Canales

Un viaje a la Ciudad de las damas

Desde tantos kilómetros llegaron mujeres con historias, costumbres, palabras, formas de expresar, de vestir, de decir, haciendo de mi casa en Barcelona nuestro km o alrededor de una isla en la cocina

Valeria Soto Gómez

Ni en un millón de años hubiera pensado en que esto me hubiera pasado... estudiar el Máster de mis sueños, con las mujeres de mis sueños, en otro país; pero mucho menos imaginaba pisar aquellas tierras tan pronto. A los veinticuatro años me embarqué en el viaje de mi vida...

Tenía una cita del otro lado del mundo, y me había preparado poco, era un llamado exprés, tenía que atravesar algunos países andando sobre el aire, y luego, así nada más, encontrarnos a una hora fijada por la tarde en aquel pactado lugar. Esta vez, la cámara no iba a apagarse, las voces no podrían silenciarse y los toques y los aromas serían todos una danza de realidad ante mis ojos, ante mis manos, ante mí.

Primero estaba sola en un espacio desconocido, el mundo se hizo grande y pequeño a la vez, las horas estaban al revés (era el futuro), la mitad del lugar era tierra y la otra la Mar. El Sol salía de otro horizonte y luego no parecía querer irse nunca; hasta que de pronto desaparecía y la oscuridad llegaba sin ser bien recibida, pues tiendas, plazas y calles reventaban de vivacidad, de voces, de

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallo
Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallol
**Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres**

contrastes. Al parecer, se podía caminar sin miedo alguno, aunque mis miedos no estaban tan seguros.

Las calles tapizadas de historias, de edificios antiguos, de adornos preciosos, detalles y detalles que hacían pensar que cada piedra puesta había sido tallada cuidadosamente a mano, ahí mis ojos se inundaron de la belleza de la arquitectura. Pero ese no era mi destino, yo no iba a Barcelona, iba a ver a unas mujeres de las que conocía solo su rostro en calidad de píxeles, mujeres que me ponían tan emocionada, imaginar de carne y hueso paradas frente a mí, viéndome, con sus manos tocándome, con sus voces en mis oídos, haciendo de mi presencia algo evidente.

Pero verlas, verlas era el sentido de todo y lo que más tendría sentido de esta aventura. Creo que en esos momentos estuve en algo parecido a un shock, a tener un sueño lúcido. ¡Eran aquellas mujeres! sacadas de los libros, fuera de las pantallas y aunque era la primera vez que nos veíamos éramos grandes conocidas, nos esperábamos desde dichos nuestros nombres.

¿Qué fue lo mejor? Tenerlas tan cerca, escuchar sus ritmos al hablar tan distintos al mío, y a la vez, nos entendíamos tan bien. Las experiencias eran compartidas, las opiniones, los sentires reconocibles, al parecer era cierto, la lengua común de las mujeres no cambiaba ni siquiera del otro lado del tiempo. Hablamos y hablamos, actividad tan deliciosa como las mujeres saben; bebimos vino, probamos quesos y devoramos una rosa; un desayuno de princesas en un piso alto de una casa blanca, bañada del oro del cielo, pintada con libertad. Compartimos mañanas, tardes, palabras, risas, libros y saberes. Ninguna nacida en donde mismo, pero nuestros pies nos fueron llevando para poder reunirnos ahí: Barcelona se había convertido en la *Ciudad de las damas*.

Ahora llevo sus voces y sus caras grabadas con un pedacito de sus vidas, de sus admirables trayectorias, de sus bien guardados secretos; y solo puedo decir que ha sido un placer.

C. Francisca Vidal Echeverría **Una visita con acceso al infinito**

La lengua común de las mujeres no cambiaba,
ni siquiera del otro lado del tiempo

Dafne Adame Canales

Un poco ansiosa me junto previo con Valeria para llegar en compañía al diálogo del viernes, y tímida conozco en físico a compañeras de diferentes lugares con las que he compartido antes de forma virtual. En la emoción de encontrarnos se desvanece de a poco la timidez porque algo me y nos precede, hay algo que hace de piso y sostiene este intercambio, una pequeña confianza que me otorga el haber compartido antes en alguna videollamada un poco de intimidad. Alguna palabra sensible de otra que me dejaba ver un poco dentro de ella y en agradecimiento, dejarme tocar, volviendo con una palabra sensible mía que dejara ver algo de mí y de lo que ella había abierto.

Dispuestas a estar en relación acordamos desayunar juntas, cada una trajo algo para compartir, que acomodamos graciosamente sobre la mesa de la que nos reunimos alrededor. Me parece que hay algo místico en reunirnos mujeres en torno a la comida, un misterio femenino que se abre evocando a la madre, donde se hace el alimento se cocina la vida y alimentamos el cuerpo en más de un sentido. Saboreamos los chocolates, a la vez que saboreamos la vida, visitándonos de una en otra en esa isla en la casa de Valeria. El desayuno que ocupamos de razón y fundamento para reunirnos fue el sostén de nuestra fecunda velada.

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallo
**Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres**

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallol
**Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres**

En sabernos mujeres y reconocer su grandeza la gota iniciática, desde esa semejanza que nos sostenía, y el misterio que nos permitía esa mesa abundante, abrirse a reconocer en la otra una disparidad que se hace fértil, nos permitió hacer un poco más de intimidad.

¿Intimidad?

Sí, intimidad

Intimidad no en el exceso de palabras, ni en contarnos los secretos (aunque pueda ocurrir), sino en el alumbramiento de un mundo nuevo. Intimidad donde me pongo entera, y sin pretensiones, donde abandono la identidad y la necesidad de afirmación para dejarte entrar. Intimidad cuando me pongo a la espera, como luego diría Antonietta, quieta y dispuesta, abierta a dejarme visitar. Y en su mística, ocurre.

Silenciosa me visita
tu disparidad
Me toca la puerta
y la dejo pasar

En la diferencia
el alumbramiento

En el misterio
el infinito

La mística de la amistad ocurre de pie y entre conversaciones, algo sucede dentro de mí. La otra incluso sin saberlo dice palabras que sensibles se quedan revoloteando en mi interior, me atrevo a escucharlas y me enseña algo de la vida que recojo humildemente. En ello la revelación, unas gotas que cambian una mar, las palabras parecen pequeñas, pero abren un nuevo mundo con acceso al infinito, pues se pone en relación con mi experiencia y mi sentir, me envuelve toda y me

transforma, así cada intercambio lo llevo puesto y vivo dentro de mí. Me voy a casa diferente, con tu visita, un tesoro inacabado que se vuelve mío ahí donde nazco, una amiga

Rosa Pérez Valdivielso
Ahora, las llamo amigas

Intimidad donde me pongo entera, y sin pretensiones, donde abandono la identidad y la necesidad de afirmación para dejarte entrar

C. Francisca Vidal Echeverría

Laura nos enseñó que la palabra “amiga” comparte la misma raíz indoeuropea, *amma**, que la palabra *madre*. Nunca he considerado a mi madre como una amiga, pues son cosas distintas, pero comparten características. Ambas tienen sentido relacional y están basadas en el amor. Un amor que se despliega en el mutuo placer sentido al conocer a la otra, que se abre, en su diferencia y me permite tocarla, quizá cambiarla, pero nunca penetrarla. Antonietta nos enseñó que la amistad nace en la gracia, bajo un profundo respeto por la diferencia. La amistad es un don que acompaña a Dama Amor en su camino. Durante esa andadura, podremos observar, juntas, de la mano, que algo de mí brota en la otra y algo suyo brota en mí, pero, en silencio, ninguna lo reivindica.

Cientos de preguntas revoloteaban en mi cabeza rumbo a Barcelona. ¿Sería posible la amistad con aquellas mujeres que sólo había podido conocer a través de la pantalla? ¿Serían nuestras diferencias fronteras divisorias coronadas con espinas? Muchas cosas nos separan ¿será posible la amistad en contraste? ¿Será posible llevar a cabo el consejo que la madre de Nina Simone dio a su hija y nuestra compañera Caro Narváez nos recordaba: “Nina, olvídate de que eres negra y nunca te olvides de

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallo
**Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres**

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallol
**Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres**

que eres negra”? ¿Podría yo, Rosa, olvidarme de que era española y blanca a la hora de relacionarme con las otras que son diferentes a mí? ¿Podría llamarles “amigas”?

Empecemos por la comida, por un desayuno, que cada una traiga algo, dejemos que el cuerpo conozca a la otra, sus gustos, compartamos a través de las papilas gustativas las primeras palabras. Unas sentadas, otras de pie, alrededor de la mesa, estando en relación, riendo en compañía. En mi país se come esto, allí es típico esto otro, aquí y allí la comida es motivo de reunión y la cocina suele ser el espacio en el que tienen lugar las visitas de las amigas. En aquella cocina de un luminoso piso del centro de Barcelona nos visitamos las unas a las otras, nos sentamos y quietas, hablamos a través del cuerpo y sintiendo con el alma. Pusimos en práctica la pasividad receptiva de la que más tarde nos hablaría Antonietta Potente, nos esperamos las unas a las otras, pacientemente contemplamos la apertura de la otra ante nuestros ojos. Una a una, compartiendo experiencias, las demás escuchábamos, sin juzgar, sin interrumpir. Tomamos la palabra alrededor de aquella mesa, poniendo el más de la otra en circulación.

El encuentro con la vida tuvo lugar en aquella cocina en la que, fui Rosa sin ser Rosa, perdí mi yo en la narración que se unía a la experiencia de la otra. Creamos genealogía, sentadas, pasivas, deleitando nuestras papilas gustativas. Ahora, las llamo amigas.

Oreto Doménech Masià **Los pendientes de la reina**

El encuentro con la vida tuvo lugar en aquella cocina en la que, fui Rosa sin ser Rosa, perdí mi yo en la narración que se unía a la experiencia de la otra.

Rosa Pérez Valdivieso

Las fucsias (*Fuchsia sp.*), también conocidas como *Pendientes de la reina*, son un género de plantas muy elegantes y de un gran valor ornamental, pues son muy hermosas y las hay de diversos colores. Otros de sus nombres populares son *Chilco* y *Aretes*.

Al XXXIII Seminario de Duoda marchaba yo con expectación, ilusión y, para qué negarlo, con algunos prejuicios que no son otra cosa que miedo. Viajaba a Barcelona donde también se habla mi lengua materna, el catalán, que en Valencia, con nuestras peculiaridades y nuestro orgullo de nombre propio llamamos “valenciano”. Mi vivencia de lengua materna ha representado muchas veces una paradoja para mí, en tanto que fuente nutritiva de gozo y amor propio a la par que objeto de miradas de incompreensión, cuando no de suspicacia. Ahora me comunicaría con muchas mujeres que no conocía, y el resorte lingüístico acechaba.

Al mediodía del segundo día, en la buena casa de la Bonnemaison, la casa de todas, me uní al grupo de mujeres alumnas y, de la conexión en contraste, brotó un jardín maravilloso. Con cada risa o picardía florecían claveles y la hiedra trepaba por las paredes de la cocina; con los regalitos y relatos de México los nopales y la rosas compartían espinas y colores; las lágrimas de emoción caían en forma de pétalos de jazmín y cada testimonio de fortaleza, renacimiento y calma de las otras sembraba bulbos de gladiolo, crecía cual fresco imponente y abría violetas de aromas dulces y deliciosos. Yo no sabía a dónde mirar, porque tanta belleza natural creciendo en un pequeño piso de una calle soleada del centro de una gran ciudad no es algo que pase todos los días.

De pronto y sin esperarlo, en este ambiente fértil y placentero, surgió en el diálogo el tema de las lenguas que hablábamos cada una y cómo nos sentíamos con el italiano, si lo entendíamos, cómo nos sonaba... Y,

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallo
**Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres**

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallol
**Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres**

¡oh, sorpresa!, el jardín en vez de desaparecer empezó a dar frutos: dulces y ácidos, jugosos y más secos, flores comestibles y frutos aromáticos de colores diversos y tamaños variados. Porque hablando de las lenguas respectivas pasamos a comentar lo demás que las acompaña: las miradas, el tono de voz, los matices que refuerzan o suavizan conceptos, la importancia de escuchar, aunque no se entienda todo, la curiosidad de ojos limpios.

Las traducciones de las ponencias en italiano nos habían parecido un maravilloso acto de mediación, pero también habríamos disfrutado escuchando el tono, el matiz y la voz de cada una de las mujeres y lenguas allí presentes y, teniendo escritos los textos con antelación para poder ser leídos, poder disponer antes de ellos en papel y allí, escuchar atentamente a Beatriu Masià, Giannina Longobardi y Antonietta Potente con su propia voz y mediar en el debate posterior. Un “miedo” propio al contraste se convirtió en mí, gracias a todas, en suelo nutritivo de armonía y creatividad donde brotaban ideas para que la otra se haga presente con todo lo que la otra es... aunque no sea fácil, aunque no sea rápido.

De Barcelona me traje una *Fuchsia* a la que bauticé *Duoda*. Estaba espléndida cuando la compré en la calle de la Bonnemaison, pero con el estrés del viaje en tren perdió muchas hojas y absolutamente todas las flores. Pese a su mal aspecto cuando la trasplanté, no me di por vencida fácilmente y con amor, un poco de esfuerzo, mucha paciencia, algo de abono, agua y sol ahora luce restablecida. La tengo en mi jardín de mujeres y se la ve feliz, a reventar de capullos que incesantemente nacen y se van abriendo, como pequeñas bailarinas delicadas de finas piernas, de tules rosas que se mueven en la brisa de la tarde rodeadas de un público fiel de abejas, abejorros, mariposas de preciosos colores y microscópicas tarantelas que adoran su frescura.

De Barcelona me las traje a ellas, a Magda, a Vale, a Fran, a Rosa, a Dafne y a Pati. Ellas son mis pendientes de la reina, que luzco con orgullo y con la cabeza alta. Esos pendientes diferentes y preciosos los llevo como un signo de la amistad en contraste y quiero cuidarlos para que florezcan mucho tiempo.

Patricia Meza Rodríguez
El placer del estar y encontrarse

En este ambiente fértil y placentero, surgió en el diálogo el tema de las lenguas que hablábamos cada una

Oreto Doménech Masià

Ser, estar, sentir, ver, tocar, oler, abrazar y besar. Ser con el cuerpo, estar con el cuerpo, ver nuestros cuerpos, tocarnos, olerlos, abrazarnos y besarnos con la emoción de quien se encuentra por primera vez, no sin conocernos, porque en relación, sí que estábamos desde las asignaturas por el mismo Máster que nos ha hecho encontrarnos esta vez en un mismo espacio completamente real, han sido muchos los kilómetros e inclusive cruzar el océano para sentirnos y vernos, tanto que apenas al llegar a Barcelona algunas nos hemos encontrado al fin sin una pantalla, ni mascarilla para abrazarnos y compartir la vida y el deseo del encuentro.

Nuestro deseo, el deseo de cada una nos llevó a tomar el camino que nos llevaría al placer del encuentro, a saborear cada instante como pequeñas gotas de néctar y entonces hablar lo no dicho y escuchar lo no escuchado, primero como pequeños balbuceos de criaturas que empiezan a pronunciar sus primeras palabras, para poco a poco al encontrar escucha y mediación femenina pronunciar claro, sin miedo, con fuerza y sabiduría desde nuestro ser mujer, lo que nos inquietaba, lo que nos ha movido y nos mueve el máster, hablar de la ebullición

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallo
**Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres**

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallol
**Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres**

de nuestros cuerpos, pensamientos y palabras porque ahora nos nombramos al encontrarnos en la otra.

Hemos iniciado el día tan esperado del encuentro del seminario de primavera de Duoda como nos gusta a las mujeres, en relación, compartiendo alimentos y, con ello, compartiéndonos el placer de ese día de nuestra vida de estar ahí, luego lo excitante conocer a nuestras profesoras y nuestras demás compañeras, es como si hubiéramos estado siempre y también desde siempre nos conociéramos. Una tabla de alimentos exquisitamente diseñada es el preludio del inicio de aquel segundo día de encontrarnos en relación, mujeres tan diversas como aquellos alimentos, un queso que se derrite en la boca como el placer de nuestra conversación y escucha. Un ambiente de placer femenino no sé si como lo había imaginado o es que ¿Acaso lo había imaginado? ¡No! ¡Estábamos ahí! ¡Nosotras! Y con nosotras ellas.

Magda Jou i Mallol **El latir femenino**

El deseo de cada una nos llevó a tomar el camino que nos llevaría al placer del encuentro, a saborear cada instante como pequeñas gotas de néctar y entonces hablar lo no dicho y escuchar lo no escuchado

Patricia Meza Rodríguez

Estaba nerviosa, pero era un latido que después descubrí que nos unía a todas.

Realmente me sentía como una niña el primer día de colegio, entusiasmada y a la vez expectante. Salí antes de mi trabajo y ahí estaba en las puertas de la Facultad de Geografía Historia de Barcelona a las 15.55, buscando el auditorio para conocer por fin, de forma

orgánica, a nuestras maestras y compañeras que hasta ese momento solo conocía desde la pantalla.

Estas fueron llegando cada una a su ritmo y tiempo. Distintos acentos, luz, países...explosión de saberes y experiencias. Me acerco a lo vivido y todavía respiro las risas y energía del momento. Las caras se vivifican y toman forma los nombres y es desde ese primer contacto que desaparece el nerviosismo y se empieza a tejer una historia entre nosotras que fluye y nos une de forma natural.

Es increíble cómo algunas lecturas hacen vibrar la piel y el alma, y esto nos hace realizar un viaje interno que localiza nudos y da savia a nuestra genealogía femenina que estaba adormecida debido al desorden simbólico que la sociedad patriarcal nos inocular. Nuestra experiencia femenina viene acompañada de un saber hacer distinto, de una escucha activa, de un vibrato enérgico y dulce. Un sentir que se ensalza y sube a la piel y alma en vibración. Y es desde este nuevo latido que las lecturas han generado en y entre nosotras, desde nuestro hacer –sabido, consciente– nuestro hablar, desde la lengua de la madre, desde el aprender a mirar y sentir para caminar profundo –de forma no explícita– una respiración femenina colectiva, que nos permitió, esos días, iniciar un tejido de confianza y cariño.

Pudimos acompañarnos por las calles de Barcelona, las cuales se observaban diferentes, ya que fueron escenario de conversaciones pausadas y profundas, llenas de sinceridad y cariño, de saber escuchar y contener.

Este tejido que se iba bordando entre nosotras, se veía iluminado y alimentaba nuestro hilos tejedores a través de nuestras maestras que, con sus palabras llenas de saber hacer, en el Seminario nos hacían darle sentido al sentir, generando una conexión sinigual al simbólico de la madre y a este nuevo despertar.

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallo
**Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres**

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallol
**Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres**

Este nuevo caminar, femenino, marcado por un reivindicar la diferencia, la singularidad... el vínculo, estuvo marinado por un compartir emocional pero también gastronómico, porque como decía mi abuela en su sabiduría cotidiana y de fogones “todo aquello que no se abre con palabras se abre con olores y sabores” y, ciertamente, entre desayuno y comida el último día consolidamos ese tejido que nos abraza y da la certeza de que lo que transcurrió esos dos días fue real.

Sigo latiendo, seguimos latiendo. Un latir femenino que nos teje y nos une.

En el Seminario de primavera de Duoda conocimos el acogimiento del dolor y la paciencia, la construcción de una casa de mujeres llenas de voces, música y cuentos, aprendimos cómo caminar descalzas por la selva y la visitación en silencio activo, a tejer relaciones que reparan, pechos que amamantan a través del arte y un infinito inacabable de relación, que se nutre en contraste, del deseo de querer estar y saber de la otra.

“Conocerse” tiene una doble acepción: (1) haber sido presentada o haber tenido comunicación con una persona y (2) tener conciencia clara de quién es una misma. Carla Lonzi escribía sobre buscar “la resonancia de sí en la autenticidad de otra mujer”. Conocerse con otras nos permite un movimiento siempre en espiral, un constante circular de la vida; conocernos y conocer a la otra, siempre dos, posibilidad de infinito, relación sin fin.

Hay placer en el conocimiento cuando lo acompañamos de amor, un movimiento de apertura que permite a la otra observarme; me dejo ver en un acto de amor. Cuando amamos nos damos a conocer el mundo mediante un juego de miradas y palabras. Tal y como dice María Zambrano, surge en nosotras un anuncio que emerge como “una pulsación de vida, una onda que avisa y una cierta amenaza de que algo, o alguien, está al venir.”²

notas:

- ¹ “Hay dos hermanas, de las cuales una genera a la otra, y de las cuales la segunda, a su vez, genera a la primera. ¿Quiénes son?”
- ² María Zambrano, *Claros del bosque*, Madrid: Cátedra., 2018, p. 205.

Valeria Soto
Gómez, Dafne
Adame Canales,
C. Francisca Vidal
Echeverría, Rosa
Pérez Valdivielso,
Oreto Doménech
Masià, Patricia
Meza Rodríguez y
Magda Jou i Mallol
**Una casa
compartida. El
nacimiento de
una amistad entre
mujeres**